


Memoria y olvido: desafíos en la historia colombiana

Memory and oblivion: challenges in
colombian history

Jhonatan Correa Montoya¹ 

Resumen

El texto examina la construcción de la memoria histórica en Colombia, enfatizando su relevancia en el contexto de la violencia y el conflicto armado. Se destaca la masacre de trabajadores en 1928, ilustrada a través de la obra de Gabriel García Márquez, como un ejemplo de cómo la historia oficial ha minimizado eventos significativos, reflejando una política de olvido intencionada. La falta de documentación precisa sobre las víctimas contribuye a la perpetuación de narrativas distorsionadas y a la doble victimización de aquellos afectados. Se argumenta que la memoria histórica debe ser entendida como un proceso colectivo que busca no solo recordar el pasado, sino también facilitar la inclusión social y política de las víctimas en la construcción de una sociedad más reflexiva. Sin embargo, se advierte que la imposición de una memoria única puede resultar contraproducente, obstaculizando la reconciliación y el entendimiento crítico del pasado.

Palabras clave: memoria histórica, olvido, silencio, revisionismo, eufenismo.

Abstract

The text examines the construction of historical memory in Colombia, emphasizing its relevance in the context of violence and armed conflict. The massacre of workers in 1928, illustrated through the work of Gabriel García Márquez, stands out as an example of how official history has minimized significant events, reflecting a policy of intentional forgetting. The lack of accurate documentation of victims contributes to the perpetuation of distorted narratives and the double victimization of those affected. It is argued that historical memory should be understood as a collective process that seeks not only to remember the past, but also to facilitate the social and political inclusion of victims in the construction of a more reflective society. However, it is warned that the imposition of a single memory

¹ Estudiante de sociología, jcorrea@gmail.com

can be counterproductive, hindering reconciliation and critical understanding of the past.

Keywords: historical memory, oblivion, silence, revisionism euohenism.

Memoria y olvido: desafíos en la historia colombiana

“El mal sufrido debe inscribirse en la memoria colectiva, pero para dar una nueva oportunidad al porvenir.”

Tzvetan Todorov

En los últimos años ha habido un resurgir mundial en torno al debate de la memoria histórica, una especie de guerras culturales que enfrentan diferentes versiones de un hecho histórico como lo sucedido en la segunda guerra mundial frente a los bombardeos de los aliados a algunas ciudades alemanas al final de la guerra o a las diferentes posiciones que tensan las relaciones entre China y Japón por la invasión que este último llevo en el gigante asiático en la década del cuarenta o las tensiones nacionalistas vascas o catalanas en busca de una reivindicación histórica y la construcción o recuperación de una identidad como también se dio en Latinoamérica en el marco de la “celebración del quinto centenario del descubrimiento de América” donde un sentimiento generalizado se propagó exigiendo una revisión histórica que dio pie a una nueva postura frente a un acontecimiento histórico.

Estas heridas abiertas de un pasado que no se concilia con el presente abre malestares en las sociedades que las padecen y son estas justamente las que viajan al pasado para encontrar respuestas a fin de realizar reivindicaciones a

quienes padecieron hechos victimizantes o en busca de reivindicaciones sociales en torno a la protección de una cultura.

En estos casos encontramos posturas comunes:

- La búsqueda de un pasado para buscar significados que permitan la creación o reivindicación de una identidad propia
- El estudio de conflictos pasados para emprender proyectos futuros
- Comparar versiones históricas alternativas de un mismo pasado
- La historia como un espacio de lucha para reivindicar una sociedad, una tradición, un proyecto político, nacional, etc.
- Encontrar respuestas al presente de una sociedad en conflicto. (Carretero & Borrelli, 2008)

En las sociedades democráticas como la colombiana, este tipo de reflexión, este proceso de confrontación con el pasado para buscar una explicación que dé cuenta del porqué del conflicto interno a la par de la reivindicación y visualización de las víctimas es una práctica catártica que aliviana los eventos traumáticos que ha dejado la guerra. Esta revisión es necesaria y se entiende como una precondition para el funcionamiento del sistema político democrático y una obligación moral ligada a la aceptación de responsabilidades y culpas.

“También puede plantearse que a diferencia de la modernidad clásica que impulsaba a las comunidades a avanzar hacia un futuro cargado de progreso, el ejercicio de esta memoria global, busca en el pasado las certezas identitarias que permitan comprender el presente de cada comunidad e imaginar su futuro más cercano” (Carretero & Borrelli, 2008).

Buscar en el pasado respuestas del presente es un ejercicio significativamente válido y necesario que debe excluir los ánimos guerreristas, acompañado de una reflexión al interior de la comunidad que una vez asimilado y contextualizado sirva de soporte para la construcción de una nueva sociedad que refunde sus valores democráticos el respeto por los derechos humanos y que no repita de forma cíclica los errores de la generación anterior.

Los procesos de construcción de memoria histórica son delicados por afectan directamente a toda una nación en tanto que están relacionados con su identidad y por tanto dignidad. En ese sentido se debe distinguir de aquellas intencionalidades que pudieran dividirse entre las que fomentan convivencias democráticas y las que promueven divisiones sectarias producto de visiones totalizadoras que se limitan a memorias falsificadoras o vengativas donde se habla de “buenos” y “malos”. Estas posturas que pretenden crear una verdad oficial a menudo terminan por crear una doble victimización y en vez de superar y sanar heridas del pasado las recrudecen y generan nuevos sentimientos de odio en las generaciones actuales.

La memoria histórica no debe promover versiones dogmáticas ni parcializadas, en el caso del conflicto colombiano, que como ya vimos tiene tantas aristas, debe entenderse desde una “perspectiva pluralista, con enfoque diferencial y sin acción de daño para contribuir a afianzar una cultura de paz” (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2018). Para ello es necesario conocer el conflicto más allá de un enfoque personal, teniendo presente que el objetivo es la no repetición. Este proceso de construcción contempla la relación espacio-tiempo y se articulan desde el individuo para luego articularse con los hechos de una comunidad. Esta línea de tiempo colectiva es plural y permite la integración de diferentes versiones con la intención de ser pluralista y en esta medida tener una comprensión holística

de los fenómenos que desencadenaron determinadas situaciones como, por ejemplo, una masacre o un exterminio político. Contrastar las memorias individuales, con los relatos colectivos y contrastarlos con otras fuentes de información permite crear una narrativa comprensiva de un hecho, que permita a su vez ser discutido en diferentes contextos sociales.

El objetivo de esta memoria histórica no es construir una verdad oficial o única, sino que permite ofrecer a partir de diferentes relatos y una puesta en común de ellos, una visión más amplia de los hechos con el objetivo de generar una comprensión que a su vez permita realizar reflexiones, sociales políticas y éticas en torno a estos sucesos (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2018).

EL olvido

“Debemos recordar, porque el recuerdo es un deber moral. Hemos contraído una deuda con las víctimas... Al recordar y contar evitamos que el olvido mate a las víctimas dos veces”

Paul Ricoeur

A la par de la memoria está el otro lado de moneda, el olvido, ese derecho natural que ejerce el individuo para separar lo importante de lo impertinente, lo realmente útil de aquello que no aporta valor o que representa un evento que impide avanzar y por tanto se ejerce el libre derecho de olvidarlo, esta desvinculación del individuo del grupo del que procede es una forma sociológica de romper sus lazos con el pasado y su identificación cultural con el grupo al que pertenecía, sin embargo, al margen de un episodio personal que en últimas solo afecta a su protagonista, las historias nacionales afectan a una determinada colectividad y a menudo se ven amenazadas bajo este recurso a manos de otro grupo en pugna cuyo olvido del hecho en

cuestión representa una ventaja estratégica. (Ricoeur,P.2003)

Sobre este tema del olvido Renan y Nietzsche (citados en Pérez Ledesma, 2010) ya se habían ocupado antes que Halbwachs. A este respecto, Renan insistió en que para que el olvido se cumpliera:

“era necesario que todos los individuos tengan muchas cosas en común y que todos hayan olvidado muchas cosas. Lo que el caso de los franceses se concretaba en que ninguno individuo recordara su origen (si era burgundio, alano, taifalo o visigodo) y de que todos hubieran olvidado los enfrentamientos del pasado como la noche de San Bartolomé o las matanzas del mediodía de Francia en siglo XIII. Llevando más allá las cosas Renan atribuyó un papel decisivo en la formación de las naciones tanto al olvido como a los errores históricos, Por una razón bien simple: porque las naciones normalmente se han constituido mediante la violencia, a través de actos brutales de los que no valía acordarse” (Pérez Ledesma, 2010).

Si el olvido en estos casos no se produce, la construcción de nación no se puede producir, recordar constantemente un pasado sangriento produce, según su mirada, la ruptura nacional.

“Por su parte Nietzsche dedicó la segunda de sus consideraciones intempestivas titulada: Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida, a defender el papel del olvido, tan importante como el de la memoria, la razón en este caso era diferente a la de Renan, solo debía mantenerse aquellos conocimientos históricos que servía para revitalizar a un pueblo, el resto, la enfermedad histórica que a su juicio vivía la juventud alemana, debía ser contrarrestada tanto por lo ahistórico, es decir por el olvido, porque sólo tenía sentido una historia al servicio de la vida capaz de impulsar la construcción del futuro” (Pérez Ledesma, 2010).

Recordar cada detalle de la vida representaría sin lugar a dudas una dificultad para la convivencia y la vida misma por decir lo menos. Esto nos recuerda el relato de (Borges, 2011) Funes el memorioso que trata de un personaje al que le resultaba imposible olvidar cualquier detalle;

“Esos recuerdos no eran simples; cada imagen visual estaba ligada a sensaciones musculares, térmicas, etc. Podía reconstruir todos los sueños, todos los entresueños. Dos o tres veces había reconstruido un día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero... Más recuerdos tengo yo solo que los que habrán tenido todos los hombres desde que el mundo es mundo” su capacidad de memorizar no tenía fin, todo cuanto observaba, todo cuanto leía o cualquier conversación que sostenía queda registrada de tal forma que puede ser recordada de la forma exacta que sucedió. “Funes no sólo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado... Pensó que en la hora de la muerte no habría acabado aún de clasificar todos los recuerdos de la niñez.” (Borges, 2011)

Este fragmento literario pone de relieve la enorme carga emocional y de sufrimiento que representa el no poder utilizar el otro derecho que conlleva la memoria, el olvido. Sin embargo, cabe resaltar que este derecho es individual y por tanto cuando se trata de imponerse un olvido a una historia ajena ya no hablamos del uso de un derecho personal sino de una imposición de facto sobre un hecho que representa un importante acontecer para la vida de una persona o en muchos casos de una colectividad que se siente identificada con ese suceso. (Halbwachs, M. 2004).

Este olvido, no es en sí un fallo de la memoria, de ese repositorio mental donde se guardan los recuerdos, más bien es una política que resulta

de un proceso intencionado que ha perseguido anular cualquier huella que permita articular el hilo en ese entramado histórico, el olvido es el último dispositivo de la violencia organizada, su colofón más siniestro, es un proyecto político más que una mera falta de recordación, un modelo intencionado que se caracteriza por no integrar el relato y articularlo con la historia, que pasa por el silencio y una postura de pasividad frente a un hecho que no conviene incluir en el relato histórico, no es lo mismo el olvido en el sentido de ignorancia de desconocer el pasado al olvido en el sentido de no darle importancia (Rodríguez Ávila, 2017).

A este aspecto tenemos el ejemplo del holocausto que no solo pretendía el aniquilamiento de una población sino también borrar cualquier indicio de que esto hubiera sucedido. En este caso el proyecto de olvido es intencionado y hace parte de un discurso político que pretendía eliminar cualquier pretensión de memoria una vez hubieran cumplido con su exterminio total. La eliminación de sus propios nombres es una muestra de ese proyecto político de olvido, su cambio por números pretendía despojar de lo más íntimo que una persona posee, su identidad, su memoria, su existencia y reconocimiento dentro de una sociedad.

Esta modalidad de política de olvido no es nueva, en el imperio Romano se aplicaba la *Damnatio memoriae* que significa una condena a la memoria, es decir una condena a ser olvidado y se aplicaba para borrar el recuerdo del enjuiciado, lo que incluía, eliminar el nombre de todo registro oficial, en el caso de emperadores consistía en eliminar estatuas, monumentos, las obras públicas que hubiera construido eran atribuidas al nuevo emperador.

Este particular método de castigo demarca la importancia que representa el recuerdo para el individuo, reducirlo al olvido implica negar su

existencia, se trataba entonces de un ejercicio de sancionamiento público del pasado, de una estrategia explícita de olvido. Este particular método de castigo no era originario de la antigua Roma, también se aplicó en el antiguo Egipto y se continuó aplicando de forma oficial hasta tiempos actuales.

Stalin lo aplicó contra sus enemigos políticos, a quienes eliminó de archivos oficiales y bajo pena de muerte prohibió la mención de sus nombres, así mismo ocurrió en la Argentina, tras el golpe de estado contra Perón, se prohibió utilizar su nombre en actos públicos y los nombres de calles, obras y edificios públicos asociados a su gobierno fueron cambiados.

De igual forma hay otras políticas de olvido que se aplican de forma pasiva y a diferencia de *Damnatio memoriae* no es necesario borrar ninguna historia ni reprimir públicamente a un individuo, basta con impedir que se publique determinados informes, con desestimar investigaciones o incluso con minimizar acontecimientos del pasado tras lo cual no resultan relevantes ni siquiera para la misma sociedad que los vivió o para sus generaciones futuras, de forma que se desvanece con el tiempo al punto de ser cuestionada si en realidad ocurrió.

De esta forma dicho suceso no representa un arraigo cultural histórico debido a que la sociedad no lo conoce y por ello no lo incorpora en su historia colectiva asignándole una representatividad importante en su historia de nación. Un caso de este tipo de política de olvido se ejemplifica con la masacre de las bananeras ocurrida en el norte de Colombia en 1928, cuando los trabajadores de la compañía estadounidense United Fruit Company organizaron una huelga, (la mayor hasta ese momento en la historia del país) los trabajadores protestaron por las precarias condiciones de trabajo. Tras las presiones del gobierno norteamericano, el gobierno

colombiano envió el ejército para poner fin con la manifestación. El ejército al no lograr que la manifestación se dispersara abrió fuego contra los protestantes.

Durante más de 40 años poco se conoció sobre este evento, incluso se levantaron voces discordantes sobre los hechos, unas negacionistas y otras revisionistas que minimizaron los hechos, el olvido se impuso durante estos años debido a esta política intencional, ya que el olvido en estos casos no se entiende como una falla del recuerdo o como un mero déficit anamnético. Este silencio documental no se da por la insignificancia del hecho más que por una acción deliberada para que el suceso no pase a la historia.

Sobre este caso en particular el nobel de literatura García Márquez (1975) en su libro *Cien años de soledad* hace la siguiente alusión:

“Aquellas veleidades de la memoria eran todavía más críticas cuando se hablaba de la matanza de los trabajadores. Cada vez que Aureliano tocaba el punto, no sólo la propietaria, sino algunas personas mayores que ella, repudiaban la patraña de los trabajadores acorralados en la estación, y del tren de doscientos vagones cargados de muertos, e inclusive se obstinaban en lo que después de todo había quedado establecido en expedientes judiciales y en los textos de la escuela primaria: que la compañía bananera no había existido nunca.

(...) Aureliano tembló de rabia.

-¡Ah! -dijo-, entonces usted tampoco cree.

-¿En qué?

-. Que el ejército acorraló y ametralló a tres mil trabajadores, y que se llevaron los cadáveres para echarlos al mar en un tren de doscientos vagones.” (García Márquez, 1975)

Otro escritor colombiano Álvaro Cepeda Samudio en su libro *La casa grande* también aborda el tema, debido a estas alusiones revivió la idea

de estudiar el tema que no había sido de interés de la academia histórica, algunos incluso mencionaron que esto hacía parte del realismo mágico y era más una invención literaria que una realidad histórica. (Zapata Ferreira, M. 2013). Los 3400 muertos que mencionaba el nobel estaban lejos de la cifra oficial que reconoció 9 muertos, desclasificaciones posteriores de la embajada estadounidense confirmaron que los muertos superan el millar.

En la actualidad la masacre ha sido reconocida e incorporada a la historia nacional colombiana, sin embargo, por la falta de documentación no ha sido posible establecer la cantidad exacta de los muertos lo que hace que la dimensión de la misma pierda proporción y fuerza dentro del contexto histórico nacional, corroborando que una política de olvido no es fruto del azar o de la casualidad sino de un proyecto político con responsables.

El olvido está asociado en muchos procesos de paz con el perdón, no en vano en el contexto del conflicto colombiano en la desmovilización de grupos paramilitares se estableció la ley de “perdón y olvido” (LEY 975, 2005) que fue duramente criticada por sectores sociales y organizaciones defensoras de los derechos humanos por ser una ley que no obligaba a los victimarios a confesar plenamente sus crímenes por lo que fue necesaria una revisión que incluyó más exigencias a los desmovilizados para obtener el indulto y amplió los derechos de las víctimas.

Estos modelos de reconciliación basados en el olvido, si bien pueden favorecer la transición de una resolución pacífica de un conflicto no es desde luego la estrategia más justa, ni de hecho podríamos asegurar que sea la más eficaz. Esta propuesta de borrón y cuenta nueva a menudo traslada el dolor de las víctimas al ámbito de lo privado, con miras a pasar la página de un

conflicto lo antes posible y buscar un mejor futuro para una nación.

Sin embargo, cuando esas heridas individuales, se hacen colectivas al ser asumidas como propias por una parte de sociedad y claman por su esclarecimiento, se hace necesario un tratamiento diferente de la transición del conflicto, y pasar del dolor privado y el silencio al debate y reconocimiento público, ya que al dejar heridas abiertas es poco probable que los individuos se integren dentro de la sociedad que no los reconoció.

El olvido por decreto es una falsificación del pasado, una aberrante forma de olvidar a las víctimas y desproveer de las herramientas necesarias a una sociedad para que se mire a sí misma en torno a su pasado con la esperanza de comprenderlo, reconciliarse y emprender un modelo de restitución moral y política que permita hacer cambios estructurales en torno a la convivencia pacífica.

El silencio

El silencio es la primera parte de un proyecto de olvido, un hecho moralmente destructivo, invisibilizar a las víctimas de esta forma propaga la injusticia y en muchos casos la sed de venganza, el silencio y el olvido como ya hemos visto forman parte de un proyecto político premeditado y termina por interferir en la historia de un pueblo bajo la modificación o su eliminación al no procurar por su debida documentación, lo que se traducirá con los cambios generacionales en olvido permanente.

La imposición de este modelo denota el ocultamiento de unos responsables y la invisibilización de las víctimas lo que equivale a dejarlas fuera de la historia y por tanto dejar abierta la puerta para futuros actos negacionistas. Dejar de lado las víctimas impide una integración en la sociedad

y perpetúa unas heridas que continuarán abiertas evitando el establecimiento de una cultura de la memoria exponiendo a la sociedad a un efecto boomerang donde el pasado regresa a reclamar su sitio trastornando el ámbito político y por tanto a la entera sociedad que niega su pasado, sirva de ejemplo las madres de la plaza de mayo en Argentina quienes más de 30 años después de la transición militar, continúan reclamando el reconocimiento de sus derechos y la visibilización como víctimas de un proceso que la sociedad consideró cerrado y que décadas después abrió heridas negadas y silenciadas del pasado. (Informe nunca más 1984 Argentina).

Eufemismo y revisionismo

Tergiversar el pasado es otra forma de causar doble victimización, desvirtuar un hecho acontecido o desinformar son estrategias propias de manipulación mediática que deforman un acontecimiento sembrando dudas sobre su realidad o la forma como estas pasaron. No solo las víctimas pierden ese reconocimiento público y derecho a reparación, sino que la sociedad en general al no encontrar una verdad sobre un hecho doloroso se enfrenta a facciones que polarizan un acontecimiento, que lejos de crear unidad en torno a un pasado lo desdibujan, privándose así de la posibilidad de llegar a un consenso que permita reconocer y sanar un pasado para de esa forma construir un nuevo modelo de sociedad que evite continuar los ciclos de violencia.

Estas fracturas que se forman en torno al reconocimiento de un suceso evitan la construcción de una unidad nacional en torno a una historia, al no ser reconocida, la identidad histórica sobre la que se construye una sociedad queda entredicho afectando la propia institucionalidad, los fundamentos democráticos y la construcción de un futuro con una sociedad integrada

Creando en el imaginario colectivo una idea distorsionada de la realidad, que produce una categorización de las víctimas;

“El eufemismo despersonaliza los fenómenos, removiéndoles las caras y apellidos, arrasa con las responsabilidades y convierte los hechos criminales en terremotos o ciclones, en catástrofes inevitables y fuerzas maléficas. Al final, las pérdidas de muchos se vuelven intangibles para gran parte de la población citadina, que acaba imaginando el país en términos de ciencia ficción. el eufemismo naturaliza fenómenos macabros e injustos. Los normaliza” (Acevedo, 2011)

De igual forma las visiones revisionistas en torno a masacres, desapariciones, violaciones que minimizan los hechos o los presentan en términos incompletos haciendo solo uso de la “memoria selectiva” presentando los hechos de manera parcial y sectorizada, atentan contra la pluralidad democrática en la medida que no permiten realizar reconstrucciones objetivas que den cuenta del plano general de los hechos. A pesar de que la justicia pueda fallar a favor de la víctima, en la sociedad puede quedar un manto de dudas producto de ciertas expresiones y eufemismos tales como: “se lo merecían”, “se lo buscaron”, “por algo sería” o “nada bueno estarán haciendo”, las cuales se han vuelto parte de la cotidianidad en muchos sectores de la población, actitud peligrosa que fomenta la indiferencia y propicia la impunidad social.

Como menciona María Emma Wills:

“Estos traumas se ahondan cuando su sufrimiento es banalizado o nombrado con eufemismos por los presuntos responsables. Por ejemplo, las jóvenes que han sido víctimas de violencia sexual y escuchan por los medios o en boca de paramilitares, que “ellas nos buscaban”, no pueden más que sentir que están desamparadas y enmudecidas por versiones que les niegan una voz y desconocen sus padecimientos. Lo mismo ocurre con las víctimas del secuestro que se oyen nombradas por las guerrillas como “retenidas”, un adjetivo que esconde las condiciones

oprobiosas en las que son mantenidos y el hecho inobjetable que sus vidas se encuentran, a veces por meses y años, en manos de personas armadas que las tratan con enorme desprecio” (Wills Obregón, 2014)

Esta indolente forma de actuar y relatar acontecimientos desdibuja la realidad y se incrusta en el inconsciente social a tal punto que se genera una doble victimización. La educación en torno a la importancia de la memoria historia y como esta aporta a la construcción de una sociedad más reflexiva, que propicia la inclusión debe ser una prioridad para afrontar un posible escenario de posconflicto donde las visiones negacionistas, los eufemismos y los sectores que están a favor y en contra del proceso de paz puedan continuar enfrentados.

Detractores

Memoria e historia son justamente los conceptos que mayor división generan en torno a su significado, la memoria histórica no goza de aceptación entre algunos historiadores y analistas del tema. La primera divergencia gira en torno a su concepción individual y colectiva lo que a luz de muchos estudiosos del tema contradicción como se ha expuesto con anterioridad; y la segunda se ubica en el plano político, más puntual en el papel que puede desempeñar en un proceso de transición.

Analicemos la primera posición, la etimológica, que ubica la memoria en el plano personal dotada de una alta subjetividad, como una categoría abstracta que carece de verificación y que se reduce solo al individuo; y la historia, como un método de documentación y verificación de hechos que ocurrieron, que se y estudia sin consideraciones de juicio moral, si bien reconoce el horror padecido por pueblos y personas que se estudia como parte de naturaleza humana, los hechos se examinan a luz de contextos, hablando así de

razón histórica. La historia por tanto se diferencia del pasado, se habla de historia cuando está no tiene las adherencias del presente y cuando su contenido no puede afectar al presente (Manzano Moreno, 2010). La historia representa a la colectividad y se enmarca en elementos comunes que dan identidad a un determinado pueblo.

El segundo aspecto, está orientado hacia posturas políticas que no ven con buenos ojos una remembranza y búsqueda del pasado porque desconocen el conflicto o no comulgan ideológicamente con los orígenes y causas que lo desencadenaron, o bien porque consideran que la memoria histórica impide cerrar heridas del pasado y continuar con la construcción de nación. Esta postura la ilustra David Rieff (citado en Arroyave Álvarez, 2013), escritor y reportero del New York Times Magazine y autor del libro 'Contra la memoria' quien sostiene que la memoria puede ser un obstáculo para la paz y la superación de un conflicto, en especial por países que han padecido la guerra. En su libro escribe:

“La rememoración enardeció las guerras de sucesión en Yugoslavia; sobre todo, la rememoración de la derrota Serbia en Kosovo Polje en 1389. En las colinas de Bosnia aprendí a detestar, pero sobre a temer, la memoria histórica colectiva. Al apropiarse de la historia, mi pasión perdurable y mi refugio desde la infancia, la memoria histórica colectiva lograba que la propia historia no pareciera sino un arsenal de armas necesarias para continuar las guerras o para mantener una paz endeble y fría. Lo que presencié en Bosnia, en Ruanda en Kosovo en Israel-Palestina, no me ha dado razón alguna para cambiar de parecer” (Arroyave Álvarez, 2013)

Quienes piensan de esta forma sostienen que realizar un ejercicio perpetuo de memoria evita sanar las heridas del pasado y establecer la paz. Algunos procesos de paz se han establecido bajo estas bases de olvido como requisito para dar

paso a una transición. Se suma a esta postura los interrogantes de tiempo ¿Dónde se debe poner el límite para hablar de reparación histórica? “¿son menos merecedores de nuestra valoración los hombres y acontecimientos de hace 200 años que los que sufrieron hace 50? ¿Tendremos que suspender el tiempo para proyectar el juicio moral universal sobre todos y cada uno de los horrores que ha sido capaz de llevar a cabo la humanidad? ¿Quién tiene que pedir perdón por todas y cada una de las masacres del pasado?” (Manzano Moreno, 2010).

Estas posturas si bien pueden sonar un poco radicales invitan a debatir y estructurar de forma clara a qué nos referimos cuando hablamos de historia o mejor aún del pasado entendiendo como un periodo más reciente. En Colombia por ejemplo esta situación se zanjó delimitando a quienes se consideraría víctimas, estableciendo el año de 1985 como punto de partida, quienes hayan sufrido victimización antes de esta fecha, tendrán otros tipos de derecho mas no de individualización reparativa.

Por otra parte, son muchos los académicos que se muestra de parte de la construcción teórica de la Memoria Histórica, como menciona Gonzalo Sánchez, director del Centro de Memoria Histórica de Colombia refiriéndose a su importancia: “Es una incursión al pasado con la pretensión de dar explicaciones al conflicto, pero con una perspectiva de futuro. No es una memoria que se recrea sobre sí misma, sino que se reafirma con un propósito de ayudar a cambiar lo que se ha vivido. No es una memoria tóxica, que nos envenena, es una memoria de no repetición, sino para darle mucha más fuerza a nuestro presente y al futuro”

La construcción de memoria histórica sin ánimos revanchistas, sino buscando una explicación sobre los contextos que dieron origen a un conflicto y buscar dar una explicación mientras se

visualiza a las víctimas permitiendo su inclusión social y política en la sociedad es la apuesta que el país hace en este periodo de transición y negociación del conflicto. El trabajo de rescatar la memoria mediante procesos de intervención con la comunidad debe hacerse con mucha cautela, responsabilidad y profesionalismo para no levantar ánimos de venganza y odio.

La reconstrucción de la memoria histórica debe enfocarse más que en las personas que lo vivieron y sus actores armados en el contexto que existió y que involucre todos los sectores que permitieron que tales circunstancias se dieran. Cambiar las circunstancias que propiciaron la violencia es fundamental para garantizar la no repetición, como vimos en el contexto del conflicto, cada generación al encontrar las mismas causas no resueltas de injusticia social, continuó generando métodos de violencia sistemática.

El campo de las ciencias sociales y humanas está lejos de ser una ciencia exacta. Los dos modelos de transición han sido probados en diversos países y solo el tiempo dirá si la implementación de este proceso inclusivo permitirá que la memoria histórica se articule como un vehículo transformador y sostenible de una cultura de paz.

Bibliografía

ACEVEDO, T. (29 de junio de 2011). La mano peluda. El Espectador <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/tatiana-acevedo-guerrero/la-mano-peluda-column-280871/>
ACEVEDO, T. (30 de abril de 2012). El tamaño sí importa. El Espectador.
ARROYAVE ÁLVAREZ, O. (2013). Contra la memoria: Reseña del libro *Contra la memoria*, por David Rieff, (2012). Revista de Psicología Universidad de Antioquia (5), 131-134.

BORGES, J. L. (2011). Funes el memorioso. En J. L. Borges, *Ficciones* (pág. 224). Debolsillo.

BRODRÍGUEZ Ávila, S. P. (2017). Memoria y olvido: usos públicos del pasado en Colombia (1930-1960). Bogotá: Editorial UN.
ZAPATA Ferreira, M. (2013). La casa grande en la construcción de la historia de Colombia. *Estudios De Literatura Colombiana*, (16), 181–206. <https://doi.org/10.17533/udea.elc.17357>
RICOEUR, P. (2003) *La memoria, la Historia, el olvido*, traducción de Agustín Neira, Madrid, Trotta, 684 pp.
WILLS Obregón, M. E. (2014). Los tres nudos de la guerra colombiana: Un campesinado sin representación política, una polarización social en el marco de una institucionalidad fracturada, y unas articulaciones perversas entre regiones y centro. Bogotá: CNMH.

